

Algunos aspectos del proceso de la romanización de Cataluña

POR A. BALIL

El estudio del proceso de la romanización de Cataluña ofrece un peculiar interés en el conjunto del proceso de la romanización de España. Las tierras de esta región fueron las primeras tierras hispánicas donde pusieron pie los ejércitos romanos; su conquista planteó idénticos problemas, aunque en proporciones más reducidas, que el conjunto de Hispania, idénticos problemas climáticos y geográficos, idénticos conflictos promovidos por la idiosincrasia de los habitantes e idénticas soluciones. La pacificación y la romanización serán tempranas, pero incluso en los últimos tiempos y fases del proceso multiseccular de la romanización de Hispania brotarán chispazos, pálidos ciertamente, pero significativos, en los que, so capa de una participación en las luchas civiles y de adhesión a una idea o un partido, se mostrarán las últimas reminiscencias del espíritu indígena.

El profesor Sánchez Albornoz ha estudiado, en un magistral trabajo que es preciso seguir, los agentes y los focos de la romanización.¹ Agentes de la romanización, no pocas veces involuntarios, fueron los mercenarios y los aliados, los *soldurri*, los rehenes y los legados. Focos de romanización constituían las fuerzas romanas de guarnición en las ciudades ibéricas; los puertos, con su eterno cosmopolitismo; los ejércitos, con su séquito de elementos civiles; los comerciantes; las rutas comerciales por las que discurrían los mercaderes; las ciudades, de nuevo cuño unas, sede de funcionarios romanos o recaudadores de impuestos otras. Estos fueron los elementos de la romanización de España; por medios guerreros unas veces, pacíficos otras, la romanización fué extendiéndose, lenta unas veces, rápida otras, pero siempre firme y segura.

Las primeras relaciones entre los romanos y las tribus ibéricas del norte del Ebro quizá nos las dé a conocer Livio en un discutido pasaje (Livio, 21, 19, 6), que Schulten tiene por falso; en él se refiere cómo unos embajadores romanos procedentes de Cartago se entrevistaron con pueblos situados al norte del Ebro, entre los que cita los bargusios y los volcianos, para que impidieran el paso del ejército de Aníbal. Schulten² se asombra de que

1. C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Proceso de la romanización de España desde los Escipiones hasta Augusto*, en *Anales de Historia Antigua y Medieval*, II, 1949. Este trabajo, que quizá peca de esquemático en la valoración de lo arqueológico es una aportación básica y modélica al estudio de este tema.

2. En ésta como en las siguientes citas de Schulten, salvo indicación en contra, consúltese sus comentarios en *Fontes Hispaniae Antiquae*. Creemos que el único estudio metódico realizado hasta ahora de las vicisitudes de las primeras campañas romanas en la Península es el de F. RODRÍGUEZ ADRADOS, *Las rivalidades de las tribus del N. E. español y la Conquista Romana en Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, I, 1950, págs. 563-85.

ante la inminencia de la guerra los invasores no hubieran regresado directamente a Italia, pero tanto Polibio (3, 35, 1) como el propio Livio (Liv. 21, 23) citan a los bargusios entre los pueblos cuya resistencia hubo de vencer Aníbal. La conquista no fué tan fácil como tan repetidamente se ha venido diciendo. Polibio (3, 76, 1) destaca cómo Cneo Cornelio Scipión tuvo que sitiar a las ciudades de las tribus que rehusaron obedecerlo; Livio (21, 60) habla de la sumisión de los layetanos, confundiéndolos con los lacetanos;³ en Cissis capturó a Indíbil (Polibio, 3, 76, 1), a quien liberaría previa sumisión y recepción de rehenes, con la consiguiente defección (Livio, 21, 61), una vez Indíbil vióse en libertad, sometióles nuevamente, y nuevamente volvieron a sublevarse; luchó con los ausetanos y sus aliados los lacetanos (Livio, loc. cit.), venciéndolos tras una campaña invernal de bastante dureza.⁴ El 217 los ilergetas se sublevaron nuevamente (Livio, 22, 21). Los aprovisionamientos llegan de Italia (Livio, 22, 11, 6) y la miseria del ejército es grande, a juzgar por las peticiones de sus jefes al Senado, el año 215 (Livio, 23, 48, 4). Después del desastre de los Escipiones, la situación empeora; Nerón no se atreve a dirigirse a Tarragona por tierra (Livio, 26, 17, 2) y debe armar a los tripulantes de las naves. La toma de Cartagena cambia la situación. Indíbil y Mandonio se pasan nuevamente a los romanos, aunque Asdrúbal se dirige a sus territorios (Apiano, *Iber.*, 24). La enfermedad de Escipión, y su supuesta muerte, la sublevación de las tropas, que reclamaban sus haberes, inducen a Indíbil y Mandonio a abandonar nuevamente la causa romana (Livio, 28, 24, y Polibio, 11, 31). Vencidos y sumisos una vez más, vuelven a sublevarse el año siguiente, juntamente con los ausetanos (Livio, 29, 1, 19) y «otros pueblos oscuros». Son vencidos, y con la derrota terminan las veleidades de Indíbil y Mandonio, quienes pagan esta postrera defección con la vida. Las exacciones de Acidino (Livio, 32, 7, 4, da el inventario del botín), Cn. Cornelio Blasio (Livio, 33, 27) y Q. Minucio Thermo (Livio, 34, 10) motivan la gran sublevación del 197. El 195 Catón debe enfrentarse con los indigetes (Livio, 34, 8, 4 y 34, 9, así como 34, 16, 3), los bergistanos (Livio, 34, 16, 3) por dos veces, los lacetanos, ausetanos, sedetanos y suesetanos (Livio, 34, 20), y nuevamente debe luchar con los bergistanos (Livio, 34, 21). Indudablemente esta serie de sublevaciones subsiguientes a la sumisión debió inducir a Catón a la desmilitarización de los territorios del norte del Ebro, descrita por Livio antes de estos acontecimientos (Livio, 34, 17). A pesar de la enérgica actuación de Catón, al año siguiente la Hispania Citerior se hallaba nuevamente sublevada (Livio, 35, 1), y el ejército, reducido a menos de la mitad. El 183 (Livio, 39, 56) A. Terencio debió luchar nuevamente con los ausetanos, y esta campaña es la última que conocemos motivada por una sublevación antirromana; quizá se produjeran otras, pero las fuentes, preocupados sus autores con las campañas celtibéricas y lusitanas, no las citan. Con Sertorio nuevamente lucharán tropas indígenas y romanas en el norte del Ebro; Pompeyo deberá recuperar estos territorios (Salustio, 2, 98, 5); al igual sus lugartenientes lucharán contra César, quien recibirá fuerzas auxiliares indígenas, Pompeyo el Joven deberá refugiarse en el Pirineo, al igual que lo hicieron los pompeyanos, y ya en los albores del Imperio será menester una campaña contra los cerretanos partidarios de Marco Antonio.

3. La confusión es frecuente. Cfr. Plinio, en *Nat. Hist.*, III, 21.

4. Como anota Schulten, Livio hace referencia a las intensas nevadas tan frecuentes en invierno, ocasionando notabilísimos descensos de la temperatura, en la depresión interior catalana.

MERCENARIOS Y TROPAS AUXILIARES

Recién desembarcado Cneo Cornelio Escipión, ya procedió a reclutar aliados entre los pueblos marítimos y del interior (Polibio, 3, 67, 12), reclutando cohortes auxiliares entre los pueblos montañoses (Livio, 21, 60), y no faltarían, entre los veinte mil celtíberos⁵ reclutados a fines del 212 (Livio, 25, 32), los procedentes del Norte del Ebro, y cuya defección fué causa de la derrota de Cneo. Numerosos serían en el ejército de Publio Escipión al marchar hacia Cartagena, pues sus efectivos (Polibio, 10, 7, 6) son conocidos y no se explican por la unión del ejército de Claudio Nerón (Apiano, *Iber.*, 17) (Livio, 26, 19, 10) con los maltrechos restos del ejército de Publio y Cneo. A fines del mismo año, Indíbil y Mandonio, junto con sus tropas (Polibio, 10, 37 y 38), se pasan a los romanos, estableciéndose un *foedus* y recibiendo las tropas hispánicas *dona*, a causa de sus servicios (Livio, 27, 17), *dona* que no siempre se pagarían y serían causa de la rebelión del 206 (Livio, 28, 25, 6) análogamente de los efectivos romanos en Ilipa (Polibio, 11, 20) puede deducirse también figuraban entre las fuerzas romanas numerosos iberos. Análogamente los iberos lucharon el 206 en el ejército de Escipión contra los ilergetes (Livio, 28, 34). Igualmente apoyaron a Catón aliados ibéricos en su campaña contra los lacetanos (Livio, 34, 20) y los propios bergistanos le ayudarán a tomar *Bergium* (Livio, 34, 21).⁶

El 181 a. de J. C., Q. Fulvio Flaco, ante la noticia de que los celtíberos se habían armado en número de treinta y cinco mil, y viéndose impotente con su ejército para vencerlos, hubo de recurrir a los pueblos aliados del Norte del Ebro (Livio, 40, 30). Las guerras numantinas requirieron nuevamente la intervención de *auxilia* ibéricos en gran número, las excavaciones de los campamentos realizadas por el profesor Schulten señalan el que en ellos habría también iberos, pues los hallazgos de cerámica ibérica pintada, de tipos levantinos y del Valle del Ebro, son numerosos. Escipión Emiliano, movido sin duda por la experiencia familiar y propia en las cosas de España, aumentó estos *auxilia* con fuerzas procedentes de todo el territorio dominado (Apiano, *Iber.*, 92), llegando a reunir hasta sesenta mil. Las guerras civiles fueron causa de nuevas levas; el bronce de Ascoli, aparte de señalar la presencia de tropas procedentes del Valle del Ebro en el ejército del viejo Pompeyo contiene preciosas referencias sobre el estado de la romanización en aquella fecha, señala la presencia de jinetes ilerdenses.⁷ César frente a Ilerda recibirá como aliada la cohorte ilerlavonense (Caes, *Bell. Civ.*, 1, 60). Pompeyo el Joven se refugiará entre los pueblos pirenaicos y contará con ellos después de la muerte de César. Asimismo, los cerretanos apoyarán a Marco Antonio.

LOS SOLDURRII. — Ramos Loscertales y Rodríguez Adrados,⁸ a quienes sigue Sánchez Albornoz, creen ver la anudación de vínculos de clientela entre Escipión e Indíbil en la cere-

5. Tal señala Schulten. La indicación celtíbero no corresponde siempre a nuestro actual concepto de Celtiberia. Así, César (*Bell. Civ.*, 1, 48), cita el problema que para él eran las tropas de la Citerior, conocedoras del terreno, y en otras ocasiones cita sólo celtíberos.

6. Este tema de las disidencias, que merece ser analizado minuciosamente, entre miembros de una misma comunidad, ha sido valorado por Sánchez Albornoz en el estudio citado.

7. *CIL*, 1, 709, Dessau *I.L.S.*, 8888. Schulten, en *FHA*, iv, año 89 a. de J. C.

8. Cfr. RAMOS LOSCERTALES, *La devotio ibérica. Los soldurros*, publicado en *Anuario de Historia del Derecho*

monia subsiguiente a la batalla de Baecula, narrada por Livio (Livio, 27, 19, 1) y Polibio (Polibio, 10, 40), de las circunstancias en que se realizó esta sumisión y los hechos subsiguientes a la misma establecen los autores el carácter personal de la *devotio*. Ambos autores han analizado minuciosamente todas las fuentes referentes a la *devotio* y la *fides hispanica* y han establecido rigurosamente sus características y régimen jurídico. Creemos, sin embargo, que la reconstrucción realizada por estos autores sufre el inconveniente que en ella han sido utilizados conjuntamente textos que se refieren a hábitos del Levante Peninsular y textos que ilustran sobre las costumbres de la Meseta. Es un problema aún el establecer la relación entre la diferencia que acusa el material arqueológico, no ya en una misma región, sino entre regiones distintas y las diferencias de estadio cultural y, por tanto, de organización jurídica. En cierto modo los regulos ilergetes en la segunda guerra púnica hacen gala de un maquiavelismo político, jugando alternativamente la carta púnica o la carta romana según las circunstancias de la campaña, que si bien es explicable si tenemos en cuenta la «educación» política que debía haber proporcionado a los pueblos del Levante su aparición en los conflictos entre púnicos y griegos, contrasta enormemente con la «ingenuidad» política de los lusitanos de Viriato y los numantinos. Es éste, sin embargo, un problema cuya discusión formal y esclarecimiento requiere un estado de la investigación mucho más avanzado que el actual. De todas maneras el problema de la *devotio*, que para el nordeste hispánico aparece ante la parquedad de las fuentes como de difícil esclarecimiento, está relacionado con el de las clientelas, que es de singular importancia a partir de Pompeyo y entronca directamente con otro elemento que, si bien por la época de su aparición no podemos ya considerar en esta zona geográfica de Hispania como factor de romanización, juega un importante papel como agente unificador del imperio. Es éste el caso del culto imperial.

LOS REHENES. — Ya en 218 recibió Cneo Escipión rehenes de los ilergetes, que no fué obstáculo para que éstos le atacaran. Sometidos después del sitio de *Atanagrum*, los entregaron nuevamente (Livio, 21, 61). En 217 los recibió de ciento veinte pueblos del valle del Ebro (Livio, 22, 20, 3). Hacia el 212, trescientos nobles españoles marcharon a Italia, enviados por los Escipiones, con el fin de que provocaran una defección de los *auxilia* ibéricos del ejército de Aníbal (Livio, 24, 49, 7). Los rehenes de los cartagineses «liberados» en Cartagena y que durante cierto tiempo permanecieron con las fuerzas romanas, serían, a no dudar, una vez vueltos a sus hogares, poderosos agentes de romanización (Polibio, 10, 18, 3). El 206, después de vencer la sublevación de Indibil y Mandonio, Escipión tenía rehenes de los ilergetes, a juzgar por sus declaraciones a los jefes vencidos (Livio, 28, 34). El 205 recibieron rehenes de treinta pueblos (Livio, 29, 1, 3; Apiano, *Iber.*, 38), entre los que figurarían los ilergetes y ausetanos. Catón los recibió de los pueblos sometidos pidiéndoselos nuevamente (Apiano, *Iber.*, 41). Entre éstos figurarían los ilergetes, cuyo rey Bilistages solicitó refuerzos, acompañando a los legados su propio hijo (Livio, 34, 11), los bergistanos (Livio, 34, 16, 3), los ausetanos y lacetanos (Livio, 34, 20). Quizá Sertorio tuvo también rehenes de estos territorios en Huesca y también los obtendría en sus campañas (Livio, frag. 91), liberándolos Perpenna a la muerte de aquél (Apiano, *Bell. Civ.*, 1, 114).

Español, 1, 1924, y FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS, *La Fides ibérica*, en *Emerita*, XIV, 1946, págs. 127 y ss. Sobre los mercenarios y aliados hispánicos al servicio de Roma, cfr. A. BALIL, *Un factor difusor de la romanización: las tropas hispánicas al servicio de Roma en prensa Emerita*.

También los tendría Pompeyo, y ello sería uno de los elementos de su gran influencia en Hispania, cuyas manifestaciones eran evidentes y conocidas de sus amigos y enemigos (cfr. Salustio, *Cat.*, 19, sobre la acusación de Pompeyo como instigador de la muerte de Cneo Calpurnio Pison, asesinado por unos jinetes ibéricos de su ejército y que eran clientes *veteros fidosque* de Pompeyo), quienes le atribuían todo aquello que en Hispania sucedía molesto para sus fines.

De César no consta textualmente que tomara rehenes en la Citerior en ocasión de su campaña de Ilerda; posiblemente hemos de ver en ello una prueba más de su habilidad como diplomático, y ello había de atraerle la simpatía de los indígenas.

LOS LEGADOS. — Ya desde los primeros tiempos aparecen legados de las ciudades y tribus ibéricas en relación con los ejércitos romanos. A poco de su desembarco en Ampurias, Cneo Escipión recibiólos de numerosas tribus (Livio, 21, 60), después de la huída de Amusicus de los ausetanos (Livio, 21, 61), el 217 los recibió de los ciento veinte pueblos (¿ciudades?) del Valle del Ebro, que le entregaron rehenes, al igual los recibiría Escipión, de Indíbil, en Cartagena (Polibio, 10, 37) y nuevamente el 206; igual sucedió el 205, en que entre otros pueblos los enviaron los ausetanos los ilergetes (Livio, 29, 3, 5). Catón recibió legados de los ilergetes (Livio, 34, 21) indigetes (Livio, 34, 16, 3) y otros pueblos comprendidos entre Ampurias y Tarragona, seguramente los laietanos y cosetanos, los ausetanos (Livio, 34, 20) y lacetanos, así como los bergistanos (Livio, 34, 21), y convocó representantes de las ciudades con el fin de ordenar el desmantelamiento de sus fortificaciones (Livio, 34, 17).⁹

En nuestra opinión los representantes de las ciudades, reunidos por Catón, con el fin de comunicarles sus proyectos de desmilitarización de los territorios del Norte del Ebro, y la embajada del 171 (Livio, 43, 2), en que los pueblos de la Citerior le eligieron como patrón en su protesta ante el Senado de las exacciones sufridas, indican la existencia de amplias minorías romanizadas con suficientes conocimientos del latín, cosa explicable si tenemos en cuenta que los contactos con los romanos databan cuando menos del 218. Poco concluyentes son a este respecto las embajadas recibidas por César en Ilerda de las ciudades que se le sometían, la magna asamblea de Tarragona del 49 a. de J. C. (*Bell. Civ.*, 11, 21), tan importante para otros aspectos de la romanización de España, y son el capítulo final de la intensa actividad diplomática en esta campaña y que inicia a su llegada Fabio (*Bell. Civ.*, 1, 40). Si el éxito de esta labor dependía del curso de la lucha, ésta a su vez estaba también influida por esta actividad. Así debió debilitar César las fuerzas pompeyanas al motivar la deserción de los contingentes que procedían de las ciudades que trataban con él, como demuestra perfectamente el caso de la cohorte ilercauona que al pactar su ciudad con César abandonó el campo de Afranio y pasóse a sus filas (cfr. *Bell. Civ.*, 1, 61), y este caso, si bien es el único concretamente documentado, probablemente debió repetirse, aunque posiblemente, a juzgar por el detalle con que lo refiere César, debió ser el más aparatoso.

TRÁNSFUGAS Y DESERTORES. — Es éste un elemento bien documentado para la Celtiberia, pero del que en esta zona poseemos pocos datos. Concretamente se reduce a un

9. Este régimen de desmilitarización o neutralización debió ser mantenido celosamente por los sucesores de Catón, y así la construcción de unas fortificaciones motivó la campaña ausetana del 183 a. de J. C. Análogamente sucedió en el caso de Segeda (Apiano, *Iber.*, 44; Diodoro, 31, 39)

paso de Livio (34, 16, 3) referente a la campaña de Catón, y en el que se dice que éste convino la entrega de los prisioneros romanos, aliados y latinos, que hubieran caído en su poder.

Este caso de los prisioneros lo creemos análogo al de los refugiados entre los hispánicos como agente de romanización. Sobre estos refugiados estamos mejor informados. Así, Cicerón (pro Balbo, 28) refiere el caso, citándolo como ejemplo, de pérdida de la ciudadanía romana, al adoptar la de otra ciudad, el de un tal Cayo Catón, que Schulten relaciona con el cónsul del 114, quien se domicilió en Tarragona. Otro caso fué el de los restos del ejército sertoriano, cuyos componentes se refugiaron en los Pirineos (Bell. Civ., 3, 19, según la interpretación de Schulten). Un caso semejante es el de Sexto Pompeyo, quien, después de Munda, huyó a la Lacetania (Dion Casio, 45, 10, 1) refugiándose allí entre clientes o devotos de su padre, hasta que circunstancias más favorables le permitieron comenzar una nueva campaña.

LAS GUARNICIONES. — Tarragona fué, desde Cneo Escipión, la base de los ejércitos romanos en la Península; Cneo inverna en ella el 218 (Livio, 21, 61), y lo mismo haría hasta 212; Nerón usóla como base (Livio, 20, 17, 2), e igualmente Escipión (Livio, 26, 19, 10), quien partió de allí hacia Cartagena (Polibio, 10, 7, 6), y una vez tomada, regresó para invernar (Polibio, 10, 38); igual haría el 208 (Polibio, 10, 40, 12) y el 207 (Livio, 28, 4, 1); el 206 también inverna Silano en Tarragona (Livio, 28, 35, 12), y Catón el 195 (Livio, 34, 16, 3). En ella se recibían los nuevos ejércitos y se licenciaban las tropas, como se hizo el 180 (Livio, 40, 36). Allí recibió su desmoralizado ejército Escipión Emiliano, y allí inició su adiestramiento (Apiano, *Iber.*, 85; Livio, *periocha*, 57; Pseudo Frontino, 4, 1, 1; Polieno, 8, 16; Apiano, 86, Livio, *periocha*, 57; Floro, 1, 34, 8). Ampurias sólo fué base en circunstancias especiales; Cneo Escipión (Livio, 21, 80; Polibio, 3, 76, 1); Escipión (Livio, 10, 7, 6) la utilizaron sólo como cabeza de desembarco, Catón (Livio, 34, 8, 4 y 34, 11) la utilizó como base, al igual que César prudentemente la prepararía como posible base de desembarco.¹⁰

Junto a estas guarniciones habituales que, sobre todo en el caso de Tarragona, influirían notablemente en sus habitantes, ejercerían una acción muy considerable como focos de romanización, hemos de añadir las guarniciones establecidas en las ciudades ocupadas y los destacamentos aislados distribuidos por toda la región. Entre las primeras, Apiano (*Iber.*, 38) nos da a conocer el establecimiento de guarniciones en los poblados ilergetes después de la campaña del 205 a. de J. C. Las tropas de guarnición en las pequeñas fortificaciones, ya fueran *turres* o *castellae*, también ejercerían una considerable influencia en la romanización de los indígenas habitantes en los poblados próximos. Añadamos que no pocas veces la permanencia en España de los ejércitos fué lo suficientemente larga¹¹ como para que se anudaran numerosos vínculos (buena prueba de ello es la legación de los hijos de soldados romanos y españolas del 171 a. de J. C. (Livio, 43, 3) y es probable, dado su asentamiento en Carteia, que sólo agrupáranse aquellos que procedían de la Bética.

10. Cfr., especialmente, M. ALMAGRO, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias (Monografías Ampuritanas, 1)*, Barcelona, 1951.

11. Posiblemente los contingentes que llegaron a la Península el 218 no fueron licenciados, cuando menos los supervivientes, hasta el fin de la guerra púnica. La duración de las guerras españolas influyó en la aparición del ejército profesional.

LOS PUERTOS. — La actividad portuaria se limita a Tarragona y Ampurias. De Dertosa, cuya actividad portuaria en época imperial nos es bien conocida por las inscripciones, aparte las naves que figuran en sus monedas;¹² sólo tenemos las referencias de acciones navales en la desembocadura del Ebro (Polibio, 3, 95) y su sitio (Livio, 23, 28, 7), y algunas muy escasas de *Portus Pyrenaei* (¿Port-Vendres?); de Rosas sólo una operación de policía realizada por Catón (Livio, 34, 8, 4), para desalojar de allí a los hispanos, seguramente los indigetes.

La utilización de Ampurias tuvo su razón en la fidelidad de los griegos ampuritanos, que Livio (Livio, 34, 9) compara con la de los massaliotas, pero su situación no era la más apropiada para comunicar con Ostia o Puteoli, pues requería que las naves se expusieran a la inclemencia del Golfo de León; además, su puerto debía irse cegando por lo aluviones del Ter y el Fluviá. Cneo se dirigió a Ampurias desde las bocas del Ródano (Polibio, 3, 76, 1; Livio, 21, 60), por lo que sobre la fidelidad de los ampuritanos debe añadirse la necesidad geográfica. Escipión se dirigió a ella por la inseguridad de Tarragona (Livio, 26, 19, 10), reflejada en la actitud de Claudio Nerón, al armar las tripulaciones de las naves (Livio, 26, 17, 2 y 26, 19, 10). Análogamente Catón partió de Luna, y su ejército marchó por tierra hacia *Portus Pyrenaei* (Livio, 34, 8, 4), donde se reunieron; empujólo a ello la inseguridad de Tarragona. Después ya no volverán a desembarcar ejércitos romanos en Ampurias. César, deseando contar con la seguridad de tener un puerto adicto en España, que la fidelidad de los ampuritanos no le podía garantizar después de la toma de Massalia, asentó en ella sus veteranos.¹³

Por lo que a Tarragona se refiere, ya en el 218 ancló en sus cercanías la escuadra romana, y allí fué sorprendida por Asdrúbal (Livio, 21, 61). Escipión invercó en Tarragona, pero envió su escuadra a Ampurias (Livio, 21, 61), lo que sin duda debe explicarse por las malas condiciones portuarias de Tarragona, ya señaladas por Eratóstenes (Estrabón, III, 4, 7), sin duda entonces cuidarían los romanos de mejorar las condiciones de la rada de Tarragona, con lo que el verano siguiente las naves pudieron ya actuar desde aquel puerto (Livio, 22, 19). En Tarragona recibió aprovisionamientos desde Italia (Livio, 22, 11, 16), y el ejército de Publio (Polibio, 3, 97, 2; Livio, 22, 22) e igualmente el de Claudio Nerón (Livio, 26, 17, 2) y las naves de Escipión (Livio, 26, 19, 10), y de allí partieron para la conquista de Cartagena (Polibio, 10, 7, 6), y de allí regresó a Italia (Polibio, 11, 31), recibiendo desde Tarragona equipos y trigo para su campaña en África (Livio, 30, 3, 2). Seguramente embarcaría en Tarragona el ejército licenciado el 197 (Livio, 32, 28, 11), y en ella desembarcarían los nuevos ejércitos y se licenciarían las tropas veteranas, como en el 180 (Livio, 40, 39-41) y embarcarían los pretores con su cuantioso botín.¹⁴

Las guerras celtibéricas animarían aun más la rada de Tarragona, en la que sin duda se embarcaban numerosos productos de la Citerior con destino a Italia.¹⁵ Aparte de des-

12. Véase A. VIVES ESCUDERO, *La moneda hispánica*, Madrid, 1925.

13. Cfr. nota 10.

14. Desde Escipión hasta el año 175, Livio indica minuciosamente el valor del botín. En sus cifras pueden observarse variaciones, debido al resultado de las campañas, pero creemos que la expresión gráfica de esta cifra acusaría un gradual empobrecimiento de la Citerior, que se aprecia claramente la disminución del *argentum oscense* y su final desaparición. Recientemente los críticos de Livio tienden a negar la realidad de los datos referentes al botín (cfr. *Livius* en PAULY WISSOWA).

15. Esto está bien comprobado para la época imperial. Para la tardorrepublicana figuran los hallazgos de vasos ibéricos. Sería interesante estudiar los hallazgos del numerario hispánico en Italia.

embarcar allí las tropas, entraban por Tarragona los aprovisionamientos para el ejército.¹⁶ Sólo de Mancino puede asegurarse desembarcara en Tarragona (Livio, *periocha*, 56), pero del argumento *ex silentio* puede suponerse que era tan habitual el desembarco de los ejércitos en Tarragona, que no era necesario citarlo; además, era el mejor situado con relación al Valle del Ebro, camino obligado hacia la Celtiberia. Más que probable es que allí desembarcara Escipión el 134, y allí iniciara la reorganización del ejército. Durante el siglo II Tarragona empezaría a presentar el carácter cosmopolita que tuvo en la época imperial. Los soldados licenciados, los mercaderes y los marineros serían causa del establecimiento, lógico al cabo, de una serie de personas de moral dudosa o escasa, dispuestas a medrar a su costa,¹⁷ y añádase el elemento oficial, burocrático que en ella tendría su sede. Durante las guerras sertorianas, Sertorio dominaría Tarragona,¹⁸ lo que, junto con la carestía de víveres, obligaría a Pompeyo a retirarse a la Galia, para invernar (Cicerón, *Pro Fonteio*, 16). Añadamos el hecho de ser el Norte del Ebro durante varios años el único territorio seguro de la Citerior y, por tanto, base primordial de los ejércitos dictatoriales. La importancia de Tarragona durante el siglo II que se acrecienta y manifiesta más, si cabe, durante el siglo I, explica el arcaísmo y las reducidas dimensiones de sus edificios públicos, en especial los de tipo recreativo, nacidos más de la necesidad que de un plan metódico y organizado,¹⁹ las citas de las exportaciones que se realizaban por Tarragona (Estrabon, 3, 4, 7),²⁰ el que fuera cabeza de rutas estratégicas y comerciales.

Del alto nivel de romanización de Tarragona da idea el que Augusto, abandonando la campaña de Cantabria a sus lugartenientes, fijara su residencia en Tarragona y en ella recibiera embajadas del Potamo (*C.I.G.*, XII, I, 44), de la India y de los escitas (Orosio, VI, 21, 19).

LOS EJÉRCITOS. — Aunque no siempre grato, los ejércitos fueron también poderosos focos de romanización. Dejando aparte el papel de éstos en la romanización de auxiliares y mercenarios, los ejércitos influirían notablemente en la romanización de los hispanos de todas clases sociales, desde las más modestas, conviviendo con la soldadesca, hasta las más altas, especialmente los rehenes, acompañando a los ejércitos y conviviendo con el séquito de los generales y los régulos y príncipes que acompañaban a sus tropas, teniendo posibilidades de tratar con personalidades tan eminentes como Polibio o Varrón.

La convivencia existió desde el primer momento, algunas veces quizá las necesidades militares obligarían a disminuirla, pero sólo sería en circunstancias especiales, posiblemente

16. Schulten supone que Escipión envió allí de los de su ejército.

17. Mientras disponemos de fuentes numerosas para este aspecto de la «mala vida» en los grandes puertos mediterráneos, para Tarragona sólo podemos contar, siguiendo a Schulten, que Escipión enviara allí a los elementos de este tipo que expulsara de su ejército.

18. Las fuentes citan luchas en la desembocadura del Ebro. El poder marítimo de éste permitía igualmente dominar la ciudad. Este dominio es evidente para los años 82-81 a. de J. C. (Plutarco, Sertorio, 7), en que sus fuerzas defendieron el Pirineo contra Abnón. Asimismo se glorió Pompeyo de haber conquistado los indigetes y la Lacetania el 77 a. de J. C. (Salustio, *Hist.*, II, 98, 5).

19. Contrasta la importancia que las fuentes dan a Tarraco con las pequeñas dimensiones de sus edificios públicos, en especial los destinados a las diversiones, mucho más acentuada si se comparan con los de Emerita.

20. Las exportaciones citadas por Estrabón pueden referirse a la época imperial, pero en tal caso son la culminación de un proceso que se origina en época republicana. Sobre el comercio de la región levantina de la Tarraconense en época imperial. Cfr. A. BALIL, *La economía y los habitantes no hispánicos del Levante Español durante el Imperio Romano*, en *Archivo de Prehistoria Levantina*; V, 1954, págs. 251-73.

los ejércitos escipiónicos no serían licenciados hasta el 197 (Livio, 32, 28, 11). La gran duración del servicio, junto con la frecuente estancia en ciudades, como es el caso de Tarragona en la guerra púnica, justifican sobradamente el caso de los carteianos (Livio, 43, 3), las peticiones y motines en demanda del licenciamiento de tropas, protestas que no pocas veces trascendían al Senado, tenían como base la larga permanencia en la Península; así sucedió el 184 (Livio, 39, 38, 3) y el 180 (Livio, 40, 36), y fueron necesarias las guerras celtibéricas para que el servicio militar se redujera a seis años. Los ejércitos desembarcaban generalmente en Tarragona, quizás incluso los de la Ulterior, y allí embarcaban para Italia las tropas licenciadas (Livio, 40, 39-41). En las cercanías de Tarragona acamparía Escipión Emiliano, el 134, para reorganizar a su ejército. Pese a la reducción del servicio, la convivencia no disminuiría el hábito de alojar no pocas veces a las tropas en las casas de los hispanos, antes la aumentaría. Esta costumbre, cuya abolición por Sertorio fué muy celebrada según Plutarco (Plutarco, *Sertorio*, 6), y estas alabanzas inducen a creer que los ejércitos dictatoriales no practicarían esta política. Durante aquella década, la convivencia entre hispanos y romanos fué muy intensa; los textos probatorios son muy numerosos, aunque no se refieran concretamente a Cataluña. La romanización fué muy intensa en aquel período; los ejércitos Sertorianos intentaron defender los Pirineos inútilmente, y Cataluña fué durante mucho tiempo el único territorio seguro con que contaron los caudillos dictatoriales, y la identificación con los distintos idearios políticos, absoluta. Los habitantes de Ampurias convivieron con los legionarios de César,²¹ y los de Ilerda con los pompeyanos y los cesarianos. Quizá entre sus clientelas tarraconenses César reclutaría tropas cuando Munda (Hircio, *De bell. Hispanensis*, 28-33), que convivirían con sus legionarios.

Las relaciones entre ejércitos y elemento civil están bien documentadas a propósito de la campaña de Ilerda, con relación a uno de los problemas clásicos y más molestos de la estancia de un ejército sobre un territorio, el problema del aprovisionamiento del ejército cesariano. Aparece en este caso una exhibición de habilidad diplomática (*Bell. Civ.*, 1, 40) para atraerse a los indígenas. Junto a ello se manifiesta la prudencia de los indígenas que, ante las noticias de la guerra (*Bell. civ.*, 1, 48), han alejado los ganados. Las consecuencias, la carestía de vida que lógicamente había de favorecer el agio, no tardan en dejarse sentir (*Bell. civ.*, 1, 52), y es necesario no ya solicitar ganado de los pueblos amigos, sino aumentar el número de éstos. El desenlace (*Bell. civ.*, 1, 60) muestra lo intenso de esta actividad, puesto que el éxito parece extenderse a casi la totalidad del *Conventus Tarraconensis* y del *Cesaraugustanus*.

Augusto terminó con estos grandes movimientos de tropas, al concluir con los cántabros, aunque al establecer sus veteranos infundiría esencias de romanidad a algunas ciudades y colonias de nuevo cuño.²²

Junto al elemento militar de los ejércitos, hemos de considerar la acción romanizadora que ejerció el elemento civil que los acompañaba. Dejando aparte la actuación del séquito de amigos, príncipes y sabios que acompañaba a algunos generales como Escipión Emiliano (APIANO, *Iber.*, 84) y que en sus alojamientos, en los rehenes y en los jefes de los auxiliares ibéricos debieron actuar muy intensamente en la formación de minorías romanizadas, hemos

21. Cfr. nota 10.

22. Así, en Barcino, y en inscripciones al parecer de época augústea, aparecen citados veteranos de la legión II.

de tener en cuenta otro séquito civil, acompañamiento obligado y molestia inevitable en un ejército: la turba de mendigos, mercaderes, cantineros, magos, augures, prostitutas, masajistas, charlatanes, efebos y juglares, lo frecuente de este acompañamiento y lo raro de que se prescindiera de él nos lo indica el gran número de fuentes que citan el gesto de Escipión Emiliano al expulsarlos del ejército (Apiano, *Iber.*, 85; Plutarco, *apophthema regum* XVI; Livio, *periocha*, 57; Lucilio, 398 b; Valerio Máximo, II, 7, 1; Pseudo Frontino, 4, 1, 1; Polieno, 8, 16, 2-4).

Personal obligado entre este acompañamiento civil de los ejércitos eran los comerciantes; ellos adquirirían el botín de las tropas y mandos, ellos proveían de armas y vestidos e incluso provisiones, y es de suponer que llegarían a la provincia con los ejércitos de Cneo Cornelio Escipión. Livio ya glosa las diferencias existentes entre el botín tomado en Cissis y el hallado en el campamento (Livio, 21, 60). Estos comerciantes adquirirían los esclavos capturados y se encargarían de su expedición a Italia, así los esclavos procedentes de Cissis (Livio, 21, 61). Ellos comprarían también los numerosos esclavos capturados en Ilipa y en Baecula. Catón los rechazaría como aprovisionadores de trigo (Livio, 34, 9), pero los utilizaría vendiéndoles los cautivos bergistanos (Livio, 34, 21 y 34, 16, 3), y quizá el armamento reunido a consecuencia de la desmilitarización del Valle del Ebro (Livio, 34, 17). A la influencia de estos mercaderes debe atribuirse la explotación de las minas de hierro y plata del Alto Llobregat (Livio, 34, 21), después de la campaña de Catón, y la sal de Cardona, que tanto impresionara al propio cónsul (Aulo Gelio, *Noches Aticas*, 2, 22, 28). Ellos cuidarían del envío de trigo a Italia, en 203 (Livio, 30, 26, 5), y tantos otros que motivarían el abandono del cultivo de este cereal en Italia. Junto con los ejércitos, o al menos con escolta armada, debían viajar los recaudadores de impuestos desde 171 a. de J. C., fecha en que dejaron de residir en las ciudades indígenas (Livio, 43, 2).

LAS VÍAS COMERCIALES. — Hacia el 134 a. de J. C., según refiere Polibio (3, 39, 2), y como consecuencia de la realización de la *via Domitia*, comienzan los primeros trabajos romanos de vialidad. Éstos se manifiestan en su inicio por el amillaramiento de la antigua vía Hercúlea. El trayecto de ésta, pese a lo poco explícito de la descripción de Polibio, debía diferir bastante del reseñado en los casos Apolinales o en el Itinerario de Antonino; los simples cambios debidos a la valorización de la economía del país bastarían por sí solos a explicarlo. En primer lugar, esta vía pasa por Ampurias, y de aquí, por el valle del Ter, se dirige a Gerona, si valoramos las características de la vialidad medieval, pues es de suponer que en tiempos del Imperio, no siendo ya estas vías militares,²³ la decadencia económica de Ampurias no permitiría modificar este trazado. Desde Gerona la vía atravesaría las tierras llanas del Gironés, dirigiéndose hacia Hostalrich (la *Seterrae* de los itinerarios), desde donde se dirigiría, por el Valle del Tordera, hacia la costa. Esta desviación tiene una explicación: la zona Tordera-Besós, por el Vallés, está bordeada por dos núcleos montañosos de intrincada orografía; por otra parte, en esta zona, abundante en pequeños poblados, ni siquiera durante el Imperio conocemos un núcleo urbano, mientras que en la zona costera, en fecha temprana, aparecen ya tres municipios. Pasado el Llobregat, las condiciones geográficas imponen preferentemente el trayecto por la depresión interior. Por ahora

23. Para el concepto de las *viae militares*, véase PFLAUM, *Le cursus publicus sous le Haut Empire Romain*, M.A.I., 1940.

carecemos de miliarios para documentar este trazado, pero las obras de fortificación y vigilancia de las que hablamos más abajo tienden a confirmar estos datos.

La campaña numantina debió ocasionar un incremento en los trabajos viales, y en especial en lo que se refiere a aquellos que conducían al Valle del Ebro. La ruta Tarraco-Ilerda está documentada por miliarios de carácter arcaico por su epigrafía (*C.I.L.*, II, 4924-25), de Quinto Fabio Labeo, procónsul de la Citerior. Desgraciadamente, la cronología de este magistrado es oscura. Schulten, siguiendo la *RE*, lo sitúa entre el 124 y el 114. Broughton, 1110 a. de J. C. Otra vía coetánea más o menos es la vía Ausa-Aquae Calidae-Iluro. De esta vía se conoce un miliario (*C.I.L.*, II, 4,956), hallado en las proximidades de Santa Eulalia de Ronsana. Clásicamente, siguiendo a Hübner, ha venido considerándose como de una vía Barcino-Ilerda, lo que geográficamente es imposible. Estos miliarios fueron erigidos en tiempos de Manio Sergio, procónsul de la Citerior, idéntico en Montanyó. Son éstos los únicos elementos conocidos con respecto a este magistrado. Schulten, siguiendo *RE*, le coloca hacia el 120 antes de J. C.; igual cronología propone Broughton.²⁴

Desde Ausa partía una vía que se dirigía a Iulia Livica, y de allí a Ruscino, donde a 8 millas de Vich se unía con la vía Domitia. La campaña de Domicio Calvino, el 37 a. de J. C. No aparece tan claro en qué época la comunicación entre Iluro y Ausa fué rectificadada, trasladando el trazado al valle del Congost, puesto que los miliarios hallados, grupo del molino de «Les Canes»,²⁵ son del siglo III d. de J. C. Este trazado es mucho más breve que pasando por Aquae-Calidae, pero exigía una pacificación del territorio, muy acentuada, que en este caso, y a base de los materiales proporcionados por la excavación de un puesto de vigilancia de esta vía, puede considerarse superado hacia el año 50 a. de J. C. El inicio de esta fortificación es de más difícil esclarecimiento, pero ha de colocarse en el siglo II a. de J. C.²⁶

El ramal de la vía Augusta, que partiendo de *Seterrae* conducía por la depresión interior a *Ad Fines*, por ser trayecto directo, debió ir cobrando importancia sobre la ruta costera, aunque en torno de él nunca surgieron grandes núcleos urbanos. Egara, creación de Vespasiano, queda algo alejada. Datos sobre su existencia dependen en realidad de la cronología que se dé a los vasos de Vicarello.²⁷ Creemos, sin embargo, que el inicio de este ramal debe buscarse ya en los primeros tiempos del uso de la vía costera, pero el esclarecimiento de la cronología es difícil, pues de una parte no se conoce hasta la fecha ningún miliario republicano hallado en este sector, y por ahora esta cronología es menester subordinarla a la datación de los trabajos de fortificación y vigilancia que, a falta de excavaciones, debe realizarse por un criterio estilístico de valoración de técnicas y aparejos para el que carecemos de suficientes elementos comparativos. En todo caso la vía costera tenía aún cierta importancia en tiempo de Augusto (miliario de Vilasar de Dalt).

Estas vías constituyeron ya, en tiempos de la república, arterias de gran importancia. No disponemos de suficientes elementos para valorar la importancia de éstas en lo material

24. Cfr. el magistral estudio prosopográfico de BROUGHTON, *The Magistrates of the Roman Republic*, publicado por la *American Association of Classical Philology*, 1950.

25. Véase *Carta Arqueológica Barcelona*, con los textos de las inscripciones no publicadas en *C.I.L.*, II, y la bibliografía.

26. Excavada por J. Vilaronga. Datos preliminares sobre la misma en Balil-Oliva-Ripoll : *Actividades arqueológicas en Cataluña 1952-53*, en preparación.

27. Véase J. HEURGON, *La date des gobelets de Vicarello*, *R.E.A.*, LIV, 1952, págs. 27-38.

y en lo espiritual, como puede hacerse en tiempos del Imperio; a pesar de la escasez de las fuentes, algo es posible esclarecer,²⁸ aunque para ello es menester la valoración rigurosa del elemento arqueológico.

Una arteria de primerísima importancia es la vía Tarraco-Ilerda-Numantia (o Pom-paelo). Esta vía está reforzada por el carácter navegable del Ebro, cuya utilidad fué evidente ya en los primeros tiempos. Así, Eratóstenes habló ya de mercaderes que remontaban el Ebro para ir a vender el vino a la Celtiberia. En menor escala, y en período algo más avanzado, comerció así con cerámicas, y así llegaron los vasos campanienses a Numantia²⁹ y también joyas. Pero ya en fecha temprana este comercio no sería de intercambio, sino que se efectuaría pagando los géneros adquiridos en especie amonedada. Esto explica la emigración que sufre el monetario de la zona costera de la Tarraconense, siguiendo el Valle del Ebro en dirección a Occidente. Y junto a las piezas fabricadas en cecas indígenas aparece la moneda metropolitana. Fruto de este comercio, una serie de productos, muy posiblemente los mismos que constituían la base de la balanza comercial de la Tarraconense durante el Imperio. La magnífica posición de Tarragona, y más tarde también Dertosa se aprovechará de ello, la convertirá, pese a las malas condiciones de su rada, en el centro del comercio entre el nordeste hispánico y Roma.

Este intenso comercio suponía la existencia de una nutrida masa humana compuesta de mercaderes, espoliques, acemileros, guías (pues indudablemente el comercio debió ser, a pesar de todo, anterior a las vías y a la pacificación), intérpretes, cargadores y quizá incluso mercenarios dispuestos a custodiar las caravanas, y esta masa debía circular continuamente, y el éxito comercial había de acrecentarla. La caída de Numantia, y la pacificación de la Vardulia había de aproximar los mercaderes a zonas hasta entonces no explotadas de la Celtiberia y Lusitania.

Esta intensa actividad, aparte del nutrido personal subalterno, en su mayoría indígena, requería la organización de mesones y hospedajes.

La influencia de este intenso tráfico comercial ha de ser manifiesta en las ciudades próximas a ellas; no solamente ha de beneficiar a su economía, como en el caso de Tarraco, sino que también ha de influir poderosamente en su romanización. A fines del siglo II antes de J. C. ya se consideraban romanizadas las zonas mediterráneas de la Península que, a su carácter portuario y la prolongada influencia de las corrientes culturales helenísticas, unían su intermediación a la antigua vía Hercúlea. Posiblemente la temprana romanización, cuando menos formal, de la juventud ilderdense, atestiguada por el bronce de Ascoli, ha de ser atribuida a esta serie de contactos constantes, insignificantes considerados individualmente, que había de originar su situación en la vía de la Celtiberia.

Paralelamente a estas grandes empresas comerciales, cuyos agentes circulaban por las grandes vías, conviene no olvidar un ser cuya existencia no aparece documentada textualmente en Hispania, pero que sabemos actuó en la Galia en tiempos de César, y durante el Imperio no vacila en penetrar en Germania; si los textos no documentan su existencia, el material arqueológico la señala: el buhonero, que se internaba en las gargantas pirenaicas

28. Especialmente interesantes son los resultados de J. J. HATT, *La tombe gallo romaine*, París, 1951, para la difusión de los cultos orientales. En Hispania pueden obtenerse conclusiones interesantes por lo que respecta a la difusión de especies cerámicas, cultos religiosos o tipo de monumentos funerarios.

29. Lo campaniense en Numancia es muy escaso, y no parece ser anterior al siglo II a. de J. C.

o recorría los poblados de una región. La existencia de este ser explica la aparición de lo campaniense en los valles pirenaicos. A él hay que atribuir la existencia de ciertas joyas, y también, convertido en platero o fundidor, la aparición de ciertos tesorillos. Este personaje, con sus argucias y triquiñuelas, no debió dejar de ser, también él, un poderoso agente de romanización.

LAS CIUDADES. — La actuación de las ciudades como elemento de romanización no aparece como de fácil valoración. Para tiempos del Imperio, e incluso para el período de las guerras civiles, aparece la fundación de ciudades, y ello creemos que procede del ideario político de los Gracos, como un sistema de romanizar el territorio circundante. Este sistema fué ejercitado intensamente en Oriente y en África, y afecto también a Hispania. Pero el hecho es que en Hispania la concesión de rangos municipales y coloniales se realiza, desde el punto de vista de la romanización, en una fase tardía en un período en que muchas ciudades presentaban evidentes pruebas de romanización cultural. ¿No son ya claras muestras de ello los poetas, de rudo acento para los romanos, que rodeaban a Metelo en Córdoba? Rostovtzeff³⁰ ha señalado, aunque en lo particular sea de difícil valoración, puesto que casi siempre estará subordinado a trabajos de excavación realizados con método rigurosísimo, de los que no sólo no disponemos en suficiente extensión geográfica, sino que indudablemente tardaremos mucho en disponer, que la concesión de los derechos coloniales o municipales por asentamiento de veteranos o emigrados itálicos, realizada por vía estatal, debía requerir un avanzado grado de urbanismo, y la existencia de una clase social muy romanizada en lo cultural. Esto es aplicable a las fundaciones augústeas señaladas por el establecimiento de veteranos, y es muy probablemente en el caso de Ampurias, ciudad de la que podemos esperar que las excavaciones que en ella se vienen realizando no tardarán en darnos a conocer, siquiera sea en lo material, su civilidad a las vísperas del establecimiento de veteranos. Otro elemento, también señalado por Rostovtzeff, es la masa de refugiados que caerían sobre las provincias, en ocasión de las guerras civiles. Tampoco se presenta fácil la valoración de este aspecto, pero cuando menos disponemos de un texto que nos ilustra y documenta sobre este aspecto. Se trata de un paso de César (*Bell. Civ.*, 1), que ya ha sido valorado por el profesor García-Bellido.³¹ Junto a una columna militar de aprovisionamiento que, desde las Galias, se dirige a Ilerda, marcha una caravana de elemento civil que ha buscado la protección y seguridad en la proximidad de esta columna militar. César señala claramente que en ella figuraban gentes de posición, hijo de senadores, ciudadanos, etc., con sus familias y esclavos.

Desgraciadamente la concesión de derechos de ciudadanía colectivos a los habitantes de las ciudades no fué una característica de la Roma republicana cuando se trata de territorios no itálicos; ello dificulta la aclaración de la relación existente entre el grado de romanización de las ciudades y la concesión de los derechos municipales y coloniales. La fecha de concesión de estos derechos constituye un *terminus ante quem*, pero desconocemos en absoluto el *terminus postquem*, puesto que el bronce de Ascoli sólo nos ilustra sobre una de las fases del problema. El valor de las ciudades, como elemento romanizador, no puede

30. Cfr. *Historia Social y Económica del Imperio Romano*, Madrid, 1936, tomo 1, cap. 1.

31. A. GARCÍA-BELLIDO, *Algunos problemas relativos a las invasiones indoeuropeas en España*, en *AEAiq.*, XXIII, 1951, págs. 487-96, especialmente 490 y ss.

ser valorado exactamente. Esta acción enlaza con la ya citada acción romanizadora de las vías. El grado de romanización no progresó de un modo idéntico en todas las ciudades de una misma región; ello aparece manifiesto en el ya citado bronce de Ascoli, y no todas influirían en el mismo grado sobre el agro circundante. Conocemos insuficientemente la posición de la ciudad indígena sobre los poblados circundantes para advertir, a través de esta influencia, qué acción romanizadora pudo desempeñar. En la Celtiberia la ciudad aparece como centro político de los poblados, fortalezas y refugio. En Levante el papel militar parece manifiesto en el caso de *Bergium*, durante la campaña bargusia de Catón. Como centro económico parecen documentarlas las emisiones autónomas en las que a veces, y quizás ello pueda tener una valoración cronológica, existe un desdoblamiento ceca-tribal y ceca-ciudadana.

En cierto modo la acción romanizadora de las ciudades puede considerarse como la síntesis de los elementos citados anteriormente; las ciudades fueron la residencia de los altos funcionarios y de los exactores romanos, así como los centros de las empresas comerciales.

Geográficamente, a excepción de Ampurias, la ciudad parece continuar un núcleo indígena. Incluso en Ampurias el asentamiento se verifica sobre la citada ciudad indígena,³² aunque en este caso no se verifica la ruptura entre lo republicano y lo imperial. Otro caso es *Gerunda*, cuyo iberismo es evidente, y que, por otra parte, aparece citada por Plinio, por lo que es de suponer no se trata de un resultado de la labor urbanizadora de un Vespasiano o Adriano. Existe ciertamente una diferenciación del asentamiento del *habitat* republicano y el imperial, *Tarraco* y Ampurias, y quizás *Baetulo* y *Ausa*, son las excepciones. Hay una ruptura en lo material, y ello es evidente en el caso de *Barcino*, donde las primeras indicaciones epigráficas de la existencia de la colonia aparecen no en el núcleo imperial del Taber, sino en el lugar donde todos los investigadores están acordes en señalar el establecimiento indígena,³³ y en el núcleo imperial los resultados de las excavaciones no parecen señalar nada anterior a Claudio. Idénticamente sucede con *Iluro*, y también parece ser así en *Ilerda*.³⁴ Esto es contrario a lo que hasta la fecha se ha venido indicando a base del pretendido abandono, *manu militari*, impuesto por Catón, de los núcleos de habitación indígenas. De ser cierta esta tesis, que los trabajos recientes, basados principalmente en la valoración cronológica rigurosa de la cerámica campaniense, han demostrado ser falsa, aparecería una solución de continuidad en el poblamiento de un siglo de duración, puesto que los núcleos rurales de tipo romano no parecen entrar en los últimos años del siglo II a. de Jesucristo.

Cronológicamente Plinio nos da un *terminus antequem* para las colonias y municipios, puesto que su relación está basada en la *Forma* de Agrippa, pero lo que ya no aparece claro en Plinio (*Nat. Hist.*, III, 22) es qué fundaciones son augústeas y cuáles cesarianas, y esclarece aun menos la posibilidad de fundaciones precesarianas.

Plinio cita, entre las colonias, *Tarraco*, *Barcino*, pero no *Dertosa* (citada entre los

32. Cfr. nota 10.

33. Estas inscripciones, no incluidas en el *C.I.L.*, II, y conocidas desde casi medio siglo, no han sido suficientemente valoradas. Esperamos insistir sobre ellas en alguna ocasión. Véase, en este volumen de *Ampurias*, nuestro estudio *La exedra romana de Montjuich* (Barcelona).

34. Para *Ilerda*, cfr. J. TARRAGO PLEYAN, *Materiales de arqueología de la ciudad de Ilerda*, II, 1944, págs. 415-38 (2.ª parte).

pueblos), y los municipios *Baetulo* e *Iluro*, *Blanda* (sin especificar, pero que sin duda sería también municipio), *Emporiae* (probablemente también municipio).

Entre los pueblos aparecen citados los dertosani y bisgargitani, como de derecho romano, y los ausetani, ceretani (en los que distingue los de iulani de los augustani), gerundenses, iessonenses, que son de derecho latino. Estipendiarios eran los aquicaldenses y aesonenses.³⁵

Parece evidente, en esta relación de pueblos, que Plinio no se refiere aquí a tribus, sino a ciudades, puesto que mientras unos nombres aparecen desdoblados, otros, en cambio, no aparecen citados.

Para muchas de las ciudades citadas, no se conoce ni siquiera la localización, y la falta de materiales epigráficos mencionando el nombre oficial de la ciudad o de monedas no permite el esclarecimiento de si se trata de fundaciones cesarianas, augústeas o precesarianas.

Ninguna duda cabe del carácter colonial de Tarraco, *colonia Iulia Urbs Triumphalis Tarraco*,³⁶ o Barcino, *colonia Iulia Augusta Pia Faventia Barcino*. Tarraco se nos aparece, por el apelativo *Iulia*, como una fundación cesariana, ya sea posterior a la campaña de Ilerda como premio de su ayuda (*Bell. Civ.*, I, 60), en la asamblea convocada en la misma ciudad (*Bell. Civ.*, II, 21) o la de Munda, aunque el apresuramiento de su regreso a Roma, citado por Apiano (*Bell. Civ.*, II, 103), no lo haga probable.

Barcino es claramente augústea, ya sea de su estancia en Tarraco el año 25 a. de J. C. (Dion Casio, 53, 25, 2) o del 15-14 (Dion Casio, 54, 23-24).³⁷

En cuanto a Dertosa, que Plinio no cita específicamente como colonia, y sí algunas inscripciones (C. I. L., 4058 y 4060), en sus series numismáticas aparece la leyenda MUN.HIBERIA IULIA ILERGAVONIA DERT(osa), incluso en piezas con el busto de Tiberio, tipo 4 de Vives, por lo que es más probable que el estatuto colonial sea de Claudio, o quizá de Vespasiano. El apelativo *Iulia* indica una fundación cesariana muy explicable, si se tiene en cuenta el comportamiento de los ilerlavones en la citada campaña (*Bell. Civ.*, I, 60).

Para los municipios como *Baetulo* e *Iluro* y *Blanda* o *Subur*, que probablemente lo eran, no tenemos acuñaciones imperiales que nos den su nombre completo, y lo mismo sucede con los hallazgos epigráficos. Sólo *Baetulo* ofrece cierta riqueza epigráfica, puesto que las series de *Iluro* y *Blanda* son muy pobres; en cuanto a *Subur*, ni siquiera se conoce con exactitud su localización, que la toponimia no abona haya de buscarse en Sitges, como ha venido diciéndose.

Para Ampurias nos hallamos en el mismo caso, aunque quizá se trate de una fundación augústea, pero al menos sabemos no es precesariana.

Los *bisgargitani*, cuya ciudad sería también municipio, no han sido localizados topográficamente. De la ciudad de los ausetanos, que hipotéticamente es llamada Ausa, tampoco tenemos materiales que nos den su denominación oficial, y los mismos hechos tenemos para Gerunda, Iessa, Ilerda, que, si bien han sido identificadas, o han sido pobres en ma-

35. Ilerda es citada con los pueblos del *conventus Caesaravgustanus*. Los teari iluani y los baeculonenses no han sido identificados.

36. Generalmente indicado I.V.T.T. leyóse a veces V(ictrix). La nomenclatura oficial de Tarraco ha de considerarse firmemente establecida.

37. Cfr. nota 22.

teriales epigráficos o, desgraciadamente, no se ha descubierto ninguna inscripción que solucione el problema.

En cuanto a los aquicaldenses (Aquae Calidae = Caldas de Montbuy) y aesonenses (Aesso = Guissona), sabemos para los últimos que fueron municipio, y que la mención de Plinio es clara, post augústeo. Igual sucede para Ilerda, o los *teari iuliani* y *baeculonenses*, no identificados por ahora.

Por todo ello creemos tan falto de base suponer precesariana Ilerda, que el bronce de Ascoli nos indica no obtuvo la ciudadanía hasta después del 89 a. de J. C., o Iluro o Subur, como ha hecho Van Nostrand,³⁸ como la de Vittinghof, de hacerlas augústeas. Es éste un problema cuyo esclarecimiento hemos de fiar a unas afortunadas excavaciones, al igual que la dualidad de los *ceretani iuliani* y *ceretani augustani*, cuyas ciudades no han sido tampoco localizadas.

Henderson consideraba que Julio César había concedido ampliamente el *ius latii* a la Tarraconense con preferencia a la Bética. La base de su argumentación era una valoración media de la *formula* pliniana, que no siempre puede juzgarse acertada, si bien el *lapsus* de las dataciones de municipios y colonias, sin suficiente base documental, es común a este investigador y a otros más recientes, como su debelador Wittinghof, y la interpretación, a favor de la Bética, de un paso de Estrabón (III, 2, 15), que también puede ser interpretado como referente a la Bética y el litoral de la Tarraconense conjuntamente. Más acertado se muestra Henderson en la valoración del apelativo de *Iuliae* de algunas ciudades frente a otras vecinas, que son *Augustae*, como en el caso concreto, que ya hemos comentado, de los *ceretani*. En este aspecto, Wittinghof, que ha sido quien más recientemente se ha ocupado de este problema, y en general con mayor acierto que Henderson, no siempre ha estado acertado. Especialmente no ha sabido valorar el caso de Dertosa, indudable municipio cesariano, y cuya ciudadanía está relacionada con los momentos difíciles de la campaña de Ilerda, y el episodio, que hemos valorado anteriormente, de la cohorte ilerconvona. En realidad, el conocimiento de la fundación de las ciudades citadas por Plinio no puede esperarse ya que sea resuelto, en cuanto a problema científico, por el análisis de las escasas y poco minuciosas fuentes textuales, sino más bien y principalmente por nuevos hallazgos epigráficos y en especial por los resultados de excavaciones metódicas y científicas.

LAS CONSTRUCCIONES. — Muchas construcciones fueron consideradas en un principio como republicanas, pero su número va siendo reducido cada vez más por la crítica. En general dominan las construcciones militares y trabajos de fortificación. En los años de la segunda guerra púnica ha de fijarse la construcción de las murallas de Tarragona,³⁹ supuestas antes ibéricas y algo posteriores las de Olérdola.⁴⁰ Hacia el siglo II, quizás avanzado algunas, son las de *Baetulo*, según Serra-Ráfols.⁴¹ El siglo I nos da a conocer como existentes las de Ilerda, las cesarianas de Ampurias⁴² y las de *Barcino*, desconocidas arqueológicamente, pero documentadas por una inscripción.

38. VAN NOSTRAND, *The reorganization of Spain by Augustus*. University of California Publications in History, 1916, pág. 103.

39. J. SERRA VILARÓ, *La muralla de Tarragona*, en *AEArq.*, XXII, 1949, págs. 221-36.

40. A. FERRER SOLER, *El castro antiguo de San Miquel de Olérdola*, en *AEArq.*, XXII, 1949, págs. 21-74.

41. Véase *Carta Arqueológica* Barcelona, con toda la bibliografía.

42. Cfr. nota 10.

En cuanto a campamentos, si bien las fuentes nos aseguran cuando menos la existencia del de Catón en Ampurias y parece que, junto a Gardeny (Lérida-ciudad), debe buscarse el de Afranio, ningún trabajo de excavación, verdaderamente dificultoso, se ha realizado para hallarlos, ni tampoco los campamentos de César y Afranio en los alrededores de Mayals (Lérida).

Conocemos, asimismo, numerosas torres de vigilancia, sobre las cuales tanto nos documentan las fuentes, junto a las vías romanas. Anteriormente hemos enumerado las estaciones conocidas hasta la fecha, de este carácter.⁴³ Su cronología no resulta siempre clara, por lo que preferimos exponerla, dado lo extenso del tema, en un trabajo aparte que tenemos en preparación.⁴⁴

Entre las obras de carácter público, aparte de las ya citadas vías, una de las más antiguas es el puerto de Tarragona, ya citada por Eratóstenes (cfr. Estrabón, III, 4, 7), y que seguramente entre este investigador y Artemiodoro fué perfeccionado. Posiblemente sean antiguos algunos edificios públicos de Tarraco, aparte de la torre de Pilatos, en especial el anfiteatro.⁴⁵ Del siglo I a. de J. C. son algunas construcciones de la Barcino de Montjuich, el puente de Ilerda y, aparte otras ciudades, la urbanización de Ampurias-Indica. En cuanto a las edificaciones privadas, aparte de algunas casas de Ampurias-Indica,⁴⁶ corresponde a este período el inicio de muchas villas rústicas, aunque nada conozcamos de su disposición arquitectónica.

LOS RESULTADOS DE LA ROMANIZACIÓN. — Prácticamente la campaña de Catón solucionó el problema de la pacificación del país, imponiéndose a unos pueblos que, ya por haber sido aliados de los romanos en la segunda guerra púnica, ya porque, debido a su situación geográfica, la campaña había sido algo accesorio para ellos, no habían conocido la fuerza de los romanos y el caso de los ilergetes, cuya sumisión en esta campaña contrasta con su anterior belicosidad, es un complejo de romanización superficial, conocimiento de la fuerza de Roma y prudencia. Después de Catón la campaña de la Ausetania, el 183, parece ya revestir las características de una operación de policía en una comarca turbulenta, y cuya base, cuando menos oficial, es el mantenimiento del «statu-quo» catoniano y su política de desarme. La intervención de los pueblos en las guerras sertorianas es poco clara, pero creemos muy posible que el dominio sertoriano al Norte del Ebro fuese, en contra de lo que se ha venido creyendo, muy extenso durante cierto período.

La campaña de Domicio Calvino, en Ceretania, el año 38 a. de J. C., entra de lleno en las luchas entre Marco Antonio y Octavio, siendo difícil discernir qué hay en ellas de supervivencia del carácter indígena, de identificación con los idearios políticos de la metrópoli o simplemente deseo de conseguir un más favorable estado jurídico. La parquedad de las fuentes nos impide establecer la actitud de las clientelas pompeyanas y cesarianas

43. Cfr. A. BALIL, *Prospecciones arqueológicas en el valle del Mogente*, en *Archivo Español de Arqueología*, XXVI, 1953, págs. 174-87, la enumeración de estas estaciones, con bibliografía, al tratar de *la Torrasa del Moro*.

44. Este trabajo, cuya publicación esperamos no tener que demorar, será resultado de la revisión de todos los yacimientos conocidos valorando las técnicas constructivas, y en él ensayaremos una cronología.

45. Cfr. nota 19. Esperamos con interés los resultados de las excavaciones que en el anfiteatro viene realizando el señor Ventura Solsona.

46. Resulta evidente para la casa n.º 1 (Cfr. M. ALMAGRO, *Ampurias, historia de la ciudad y guía de las excavaciones*, Barcelona, 1951).

durante las guerras civiles.⁴⁷ Si bien no se manifiestan particularmente activas durante las grandes campañas, aparte de los auxiliares hispánicos de Afranio, éstas han de ser la base de Sexto Pompeyo y su refugio después de Munda, en espera de circunstancias más favorables. Es posible que estos clientes jugaran, en ocasiones, un doble juego, como en el caso de Balbo, y que, incluso a la muerte de César, esto aparece comprobado en el caso de Bogud y Bocchus, que se produjera una inversión de alianza. No es de suponer que los *cere-tani augustani* de Plinio fuesen los partidarios de Marco Antonio.

Sin duda, de Catón a Pompeyo no faltaron los pequeños incidentes, que las fuentes preocupadas con la magnitud de las guerras celtibéricas no recogen, posiblemente entre pueblos indígenas, y que los romanos tuvieron que solucionar a fin de evitar sus complicaciones, pero no creemos se trate de grandes campañas militares, sino, como máximo, de acciones de policía. Más problemático resulta el conocimiento de la pacificación de los pueblos pirenaicos, algunos de los cuales quizás intervinieron en auxilio de los aquitanos en ocasión de las campañas de César, pero sin duda esto no fué algo importante, y su esclarecimiento es un problema arqueológico.⁴⁸

El latín de las inscripciones del *Conventus Tarraconensis* presenta numerosos arcaísmos, incluso en inscripciones augústeas, pero, junto a ello, nos hallamos con casos curiosos de supervivencia de la escritura indígena, que incluso da lugar a formas casi aljamiadas,⁴⁹ cuya generalización no es lícita en el estado actual de la investigación.

Una muestra de la romanización-pacificación es el paulatino abandono del habitat de tipo ibérico por el habitat rural romano, que posiblemente, si bien bastante rápido, se realizó con una lentitud mucho mayor de lo que se ha venido suponiendo.⁵⁰ Junto a ello se manifiestan una serie de variaciones en lo económico, fruto de la valorización de la economía hispánica realizada por las grandes empresas comerciales romanas, y cuyo estudio es de singular importancia y explica el alto nivel de vida, con relación a lo indígena, en la época imperial. Arqueológicamente se registran una serie de variaciones, desaparición de las cerámicas a mano, sustitución del ánfora de punta vacía, comúnmente llamada púnica, por los tipos itálicos de los primeros tipos de la tabla de Dressel, aparición de techumbres cubiertas con teja plana en sustitución de las cubiertas de ramaje; una serie de hechos que arqueológicamente constituyen la demostración de la variación sufrida en todos órdenes.⁵¹

CONSECUENCIAS DE LA ROMANIZACIÓN. — En primer lugar aparece como hecho sintomático el paulatino abandono del habitat de tipo ibérico frente a la cronología *catastrófica* que hasta tiempos recientes ha venido imperando. Otro hecho importante es la valori-

47. No creemos existan dudas sobre su existencia. Los gentilicios *Iulius* y *Pompeius* son muy frecuentes en toda la Tarraconense.

48. Mateu y Llopis ha señalado que Andorra se hallaba en el área de dispersión de las piezas de Bolscan.

49. Es curiosa una pieza de Ampurias con texto latino, pero escrito en caracteres ibéricos, y que es una de las primeras acuñaciones cesarianas bien identificadas por sus tipos (citada por M. ALMAGRO, *Ampurias, historia de la ciudad y guía de las excavaciones*, Barcelona, 1951). También A. BELTRÁN, *Sobre algunas monedas bilingües romanas del municipio de Ampurias*, en *Numisma*, n.º 3, 1952, págs. 19-24.

50. Hemos insistido sobre ello en diversas notas, pero esperamos poder dedicar a este tema un estudio más extenso.

51. La multiplicación y racionalización de las excavaciones, conjuntamente con la publicación de multitud de estaciones inéditas y de otras mal o insuficientemente publicadas, permitirá insistir y profundizar en estos hechos.

zación económica de la región y el aumento del nivel de vida manifiesto en las estaciones de época imperial.

Junto a ello tenemos la influencia indígena sobre lo romano. En lo ideológico, Hispania, el título de *rex* dado a Escipión por los régulos indígenas, la actuación política de Escipión Emiliano después de Numancia, el sueño de César en Gades, se manifiesta como el origen del régimen imperial. Junto a ello hay una serie de modificaciones jurídicas; por ejemplo, el servicio militar de siete años o el nacimiento del ejército profesional. En lo accesorio, el ejército romano adoptará el vestuario y parte del armamento ibérico. Así en la campaña ilergetica del 205 a. de J. C., Indibil fué muerto por un *pilum*, y una vez establecida la paz, como indemnización de guerra, exigióse la entrega de *sagi*.

En lo económico es manifiesta ya la importación de vasos ibéricos en Italia, no siempre debida a los mercenarios, como en el caso de Ventimiglia, y que merece un estudio detenido. En cuanto a lo religioso, la influencia de lo hispánico, siquiera sea a través de la *devotio* y de las clientelas, es indudable en el establecimiento del culto al emperador.

En conjunto todo parece indicar un proceso de romanización rápido, más especialmente en los grandes centros comerciales, y en el que por ahora no es posible establecer fases. Las guerras civiles estimulan este proceso con la concesión de derechos de ciudadanía colectivos, unas veces, e individuales, otras. Los datos de la época imperial son quizá la mejor prueba de la intensidad de la romanización. Temprana desaparición de la onomástica y divinidades indígenas, arcaísmo del latín epigráfico, y en cuanto a la toponimia, investigadores calificados se inclinan a rebajar la cronología de ciertos topónimos⁵² considerados como prerromanos. Si la aportación de las fuentes es escasa y de su interpretación no cabe esperar grandes novedades, lo arqueológico no ha sido aún suficientemente explotado, y del progreso de la investigación pueden esperarse nuevos datos que esclarezcan algunos problemas.

52. Así, Aebischer, para los nombres en *-acum*. Quizá puedan existir variaciones en la zona pirenaica y singularmente en la del Alto Urgel, en donde la distribución de los topónimos romanos, singularmente los de tipo personal, se realiza en un área muy reducida.